

temprano de la ciudad con Amalgaro y Cramneleno, que habían acordado con él la muerte de Vilibado, y los duques les siguieron con sus fuerzas borgoñonas, así como Erquinoaldo con los neustrios que habían ido con él. Vilibado al ver el peligro preparóse con todos sus hombres a la lucha, que no tardó en estallar. Flaohat y los duques Amalgaro, Cramneleno y Vandelberto embistieron a la cabeza de sus guerreros a la hueste de Vilibado, pero los caudillos neustrios que habían tenido que seguir a Flaohat se negaron a pelear, haciendo quedar mal así a Erquinoaldo. Vilibado y muchos de los suyos perecieron en la pelea, en la cual tomaron parte contra Vilibado, entre otros, el franco Bertaris, oriundo del distrito trasjurásico y conde palatino de Clodoveo, y a favor de Vilibado, contra Bertaris, el borgoñon Manaulfo, que con sus hombres de armas salió de entre los combatientes adelantándose hacia Bertaris. Éste, antiguo amigo de Manaulfo, le llamó diciéndole: Ven acá que te sacaré de este peligro; y en efecto, levantó su escudo para ampararle, pero entonces Manaulfo por toda contestación le arrojó su venablo y le hirió gravemente en el pecho. Al ver Aubedo, el hijo de Bertaris, a su padre herido, acudió corriendo, hundiéndole su pica en el pecho de Manaulfo y mató a los que con éste habían herido a Bertaris. Los caudillos que no habían querido atacar a Vilibado, se dieron entonces prisa a saquear su tienda y las de los obispos y demás principales que habían ido con él. Encontraron mucho oro y plata y otras cosas, sin contar los caballos de los que no habían querido tomar parte en la lucha.

Al día siguiente dirigióse Flaohat desde Autun a Chalons-sur-Saone, ciudad que por casualidad fué devorada por un incendio poco después de su llegada. Quiso Dios que este hombre cayera enfermo de fiebre maligna. Para curarse se trasladó en una barca a Saint-Jean-de-Laosne a orillas del mismo río junto a la embocadura del afluente Ouche en el departamento de la Cote-d'Or, y probablemente entonces hacienda del rey, porque Dagoberto celebró allí una vez juicio. Allí murió Flaohat a los once días de haber muerto su rival Vilibado, y fué sepultado en la iglesia de San Benigno, en las afueras de la ciudad de Dijon. Muchos vieron en su muerte y la de Vilibado el castigo de Dios por los muchos juramentos de amistad que se habían hecho en lugares sagrados faltando después a ellos, y por la codicia con que habían esquilado y oprimido a los que estaban bajo su mando. Con la muerte de estos dos hombres libró Dios a muchos de su tiranía castigando al propio tiempo sus perjurios.

Con esta relación concluye la crónica de Fredigaro en el año 641. Nada se sabe de los sucesos que ocurrieron en los catorce años siguientes, ó sea hasta la muerte de Sigeberto III en 656, a cuyo año se refieren algunos datos de la *Vida de San Amando* que ya hemos mencionado repetidas veces en esta obra.

A pesar de la repugnancia de San Amando, el rey Sigeberto y los obispos le obligaron a aceptar la mitra vacante de Maestricht. Tres años recorrió con celo infatigable su diócesis, visitando aldeas y castillos sin desanimarse por la resistencia que encontró en muchos lugares de parte del pueblo y hasta del clero alto y bajo, al cual impuso sin misericordia las correspondientes penas; pero tanta fué la oposición que, aburrido, se retiró a una isleta llamada Calloo (Chavelaus, Canelaus) cerca de la embocadura del río Escalda, donde se dedicó a ejercicios espirituales, y finalmente, por el año 649 hizo dimisión de la mitra, sin que las instancias del papa Martin, su amigo personal, pudiesen cambiar su resolución ni hacerle renunciar a sus rigores para con el clero refractario. Una grave calamidad destruyó lue-

go las poblaciones, aldeas, casas, castillos y campos, cuyos habitantes habían hecho desprecio del santo. La carta que con motivo de su renuncia dirigió el papa a Amando es interesante, además, porque contiene ya indicios del deseo de la curia romana de servirse del imperio franco para el exterminio de las sectas herejes, especialmente de la entonces poderosa doctrina de los monotelitas, que admitían en Jesucristo dos naturalezas, pero una sola voluntad.

Desde la muerte del papa Gregorio el Grande, en marzo del año 604, hasta el pontificado de Martin que duró desde 649 hasta 653 ó 655, solo un papa, Bonifacio IV, que reinó desde 608 hasta 615, se mezcló en los asuntos interiores del imperio franco, que fué cuando escribió al rey Teodorico con motivo de enviar, cumpliendo con su deseo, el palio a Floriano, obispo de Arles, según dijimos en su lugar. Las cartas y los privilegios que el papa Juan IV, que dirigió la Iglesia desde 640 hasta 642, envió, según dicen, a Clotario, son apócrifos, porque este rey murió en el año 628, y lo mismo puede decirse de las cartas que se suponen dirigidas por el mismo papa a Clodoveo II entre los años 638 y 656, ó cuando menos son muy dudosas por interesante que parezca su contenido. Los demás papas, Sabiniano, 604-606; Bonifacio III, 607; Diosdado, 615-618; Bonifacio V, 619-625; Honorio I, 625-638; Severino 638-640; Teodoro I, 642-649, no intervinieron que se sepa ni poco ni mucho en la Iglesia ni en otra cosa del imperio franco. Solo el papa Martin indica a San Amando en la carta que escribió a este santo varón, la conveniencia de conseguir el apoyo del joven rey Sigeberto, a quien San Amando había bautizado, contra la secta bizantina monotelita, enviando a Roma obispos de su imperio a fin de que, en unión de otros de todos los países del Occidente, fuesen a Constantinopla para entregar al emperador las actas del concilio del año 646 en que el papa Teodoro había anatematizado al ex-patriarca Piro de Constantinopla, anatema que escribió este papa con su propia mano y con tinta en la cual había echado, ¡para hacer su anatema más eficaz! algunas gotas de la sangre de Cristo que se conservaba como la más preciosa de todas las reliquias. El papa Martin acababa de anatematizar a su vez la herejía monotelita en el concilio del año 649 que duró desde el 5 hasta el 31 de octubre cuando en esta última fecha escribió la carta a San Amando, y al propio tiempo otra al rey Clodoveo II y otras a los obispos de Neustria que se encuentran en la colección bollandista *Acta Sanctorum* con otras muchas cartas apócrifas relativas a confirmaciones de privilegios y donaciones hechas por Dagoberto, que había muerto ya en 638, y por Sigeberto, a favor de diferentes monasterios. Juntamente con la carta envió el papa a San Amando copia de las actas del concilio, y como de costumbre preciosas reliquias.

Probablemente cae en este mismo año 649 la tentativa del santo para convertir a los vascos, entregados todavía a la idolatría y a las prácticas supersticiosas de augurar el porvenir por el vuelo de las aves y otras análogas; pero como aquellos montañeses se mostraran refractarios a sus predicaciones, regresó Amando al territorio franco. Interesante es la noticia de que en el año 660 existía todavía en el distrito de Beauvais el gentilismo, porque en Rosonto el pueblo adoraba a determinados árboles, que creía habitados por ciertos seres invisibles. San Amando fundó varios establecimientos monásticos, siendo el más importante el monasterio de Elnon.

Entretanto Grimoaldo había ido gobernando con inteligencia y energía los dominios del piadoso rey Sigeberto, que le dejó en completa libertad para dirigir los negocios, y prefirió ocuparse más en cosas espirituales que en las terrenales. Sigeberto fundó entre otros conventos los de Stavelot y Mal-

medy que llegaron a ser importantes centros y focos de civilización, por lo cual este rey fué venerado posteriormente como santo. Grimoaldo prestó solícito apoyo al rey en sus obras piadosas, y no por hipocresía, pero al mismo tiempo también para conservar el afecto del rey y ganar el de la Iglesia. La familia de Arnulfo, desde su primera aparición en la escena política había mostrado, desde Pipino y Arnulfo, y lo mismo Adalgiselo, Grimoaldo y Cuniberto, gran solicitud por estrechar sus lazos con la Iglesia y sus obispos; y esta alianza, sincera por lo demás, fué la palanca más poderosa que juntamente con las grandes empresas guerreras elevó al fundador de la dinastía carolingia al trono imperial. Aquellos hombres, profunda y sinceramente religiosos, conocieron que la Iglesia, sus representantes, los obispos, y sus centros de propaganda, los conventos, constituían ya un poder invencible, así por su mayor civilización y riqueza, como por su ineludible influencia moral, espiritual, material y política, y que en vista de la creciente degeneración y caducidad de la raza merovingia, la Iglesia era el aliado más poderoso é infalible para encumbrarse y satisfacer la ambición más atrevida. El haber sabido ver esto fué lo que dió la victoria a la familia de Arnulfo en su ambiciosa carrera.

Solo un gobernante como Grimoaldo, que tantas pruebas positivas había dado de su profunda religiosidad y gozaba con razón de la estimación de los obispos, pudo sostener con tesón, cuando las circunstancias lo exigían, las prerrogativas régias en frente de la prelación, y aun ensancharlas cuando se presentaba ocasión para ello. Por esto se atribuye con razón a este hombre de Estado la importantísima carta en la cual el rey Sigeberto hace entender en términos enérgicos al obispo Desiderio de Cahors, que había ejercido a su tiempo gran influencia sobre el rey Dagoberto, que sin la autorización previa del rey no debían los obispos ni convocar, ni reunir sínodos en el reino de Austrasia, ni asistir a ellos (1).

Otra prueba de la convicción de su poder, pero también de su carácter impetuoso y arrojado, dió Grimoaldo en 646, declarando nulas todas las donaciones hechas por el rey Sigeberto, su amo, durante su menor edad, lo cual quería decir hechas durante la mayordomía de Oton, el predecesor rival de Grimoaldo. Esta disposición era un golpe abrumador para los allegados del difunto Oton y los que le habían apoyado. El rey tenía entonces quince años y meses, pues había nacido en 629 ó 630 y había sucedido a su padre en 633. ¡Cuán poderoso no debía de ser ó se había de creer Grimoaldo cuando dictó esta medida contra el partido contrario y vencido, viviendo el rey donador! No puede, pues, extrañarse que engreído de su poder, diera otro golpe mucho más atrevido y arriesgado tan pronto como hubo muerto este rey, Sigeberto III, en 1.º de febrero de 656, ó mejor dicho después del año 650 y antes del año 657, a la edad de veintiseis años. Aquel golpe resultó prematuro y costó la vida a su autor.

Sigeberto III dejó un hijo, Dagoberto II, en cuyo nombre continuó gobernando Grimoaldo el reino de Austrasia, como era muy natural; pero en lugar de ser tutor y defensor fiel del niño real, le hizo rapar la cabeza y le envió por conducto del obispo Dedo de Poitiers a Irlanda ó Escocia, donde le obligó a entrar en un convento, proclamando en su lugar rey de Austrasia a su propio hijo Childeberto en el año 657.

Este golpe inicuo aumentó la envidia y coraje del partido contrario, el cual valiéndose de la astucia logró apoderarse de Grimoaldo, y le entregó al rey de Neustria (2) que le mandó decapitar en 658 (3).

(1) Véase Bouquet, IV, 16, pág. 47.

(2) Clodoveo II.

(3) No es posible fijar con precisión el año de la muerte de Sigeberto III (656), el de la proclamación del hijo de Grimoaldo (657) ni el de la muerte de éste (658).

Nada se sabe respecto de los cómplices de Grimoaldo, ni si tenían participación en su felonía Adalgiselo y Clodulfo, pero consta que este último, nombrado obispo de Metz en 19 de mayo de 656, probablemente bajo el gobierno y por influencia todavía de Grimoaldo, continuó en su puesto hasta su muerte en 8 de junio de 696.

Muy diferente fué según Casiodoro la conducta de otro germano, el ostrogodo Gensimundo, guerrero valiente, que gobernó su pueblo en la desgraciada época de los hunos por el año 380, en nombre del niño Valamero, sobrino y heredero del difunto rey Turismundo, y que rechazó noblemente la dignidad real que el pueblo le ofreció en aquella situación angustiosa, para conservar la corona al heredero legítimo.

Es probable que a consecuencia del desgraciado éxito del golpe de Estado, la familia de Grimoaldo perdiera gran parte de su poderío por confiscaciones ó de otra manera, porque desde entonces desapareció de la escena hasta que 21 años después apareció en Austrasia otro Pipino, nieto del primero y de Arnulfo, como rival de un mayordomo de Neustria, y apoyado por una gran parte de la nobleza austrasiana.

En aquella época cae también el último período de la actividad de San Romarico ó Remaclo, abad de Remiremont, cuya biografía nos ha dejado (4) un coetáneo suyo, pues que cita una monja, entonces todavía viva, que se curó de la lepra lavándose con el agua en la cual el santo se había bañado. Otra biografía que también se encuentra en la colección de Mabillon está escrita posteriormente y rebosa de invenciones groseras. A falta de datos mejores, porque los continuadores de la crónica de Fredigaro son demasiado lacónicos, ni llega su narración siquiera a esta época, diremos que San Remaclo, según su primer biógrafo, habiendo tenido en su convento noticia de los proyectos de Grimoaldo, dejó su celda en los Vosges y se dirigió a la residencia de Sigeberto para conjurar a Grimoaldo a que abandonara su peligroso proyecto. Interesante es que este biógrafo llama a Grimoaldo subrégulo, y así se llama también a otros mayordomos de palacio en otras biografías de santos varones de aquel siglo. En la biografía de San Sigeberto III, rey de Austrasia, escrita muchos siglos después por Gembloux que murió el año 1111, se dice que este rey había nombrado en su testamento al hijo de Grimoaldo heredero del trono antes que le naciera su propio hijo Dagoberto, y que después había anulado aquel testamento.

Muerto Grimoaldo y probablemente también su hijo, tomó posesión de la Austrasia Clodoveo II, que fué entonces dueño de los tres reinos francos. El mayordomo único en los tres fué Erquinoaldo, varón capaz y sabio según el continuador de Fredigaro. Clodoveo murió de fiebres a la edad de veintitres años en 656 (5), estragado, imbécil y demente a consecuencia de sus excesos en la comida, en la bebida y con las mujeres, pero dejó una viuda, mujer santa, y venerada después como tal, llamada Batilde, que había sido esclava del mayordomo Erquinoaldo, al cual había servido de copeira. Segura la biografía más antigua de esta santa, escrita al parecer antes del año 691 (6), era anglo-sajona y una de las muchas prisioneras que desde Inglaterra eran llevadas a Francia para ser vendidas allí por esclavas. Era mujer hermosísima y virtuosa, y fué comprada por Erquinoaldo, el cual

(4) Mabillon, III, p. 398.

(5) Según esto, debieron de morir antes Sigeberto y Grimoaldo. (N. del T.)

(6) Se encuentra en Mabillon, pág. 742, así como otra posterior con interpolaciones, pág. 750.



para obtener sus favores le prometió hacerla su esposa cuando enviudara; pero ella supo con sus astucias conservar su inocencia y castidad. No pudiendo recabar nada el mayor-domo, consiguió casarla con el joven y vicioso rey, evidentemente mas con la intencion de robustecer su influencia sobre él, que para desviarle de sus vicios y excesos.

«Batilde fué esposa obediente, una madre para los señores principales del reino, una hija para los obispos y una hermana para los monjes,» dice su biógrafo eclesiástico. El rey apoyó sus impulsos piadosos, y le dió por agente para sus buenas obras al abad Genesio, por cuyas manos auxilió á sacerdotes y pobres y regaló á los conventos de ambos sexos grandes cantidades de oro y plata.

No hay que decir, en vista de lo que acabamos de copiar de las biografías citadas, que tambien este estragado y demente merovingio ejecutó muchas obras piadosas, conforme lo prueban tres documentos, dos reconocidos como perfectamente auténticos, y uno cuya autenticidad es muy probable, bien que ha sido puesta en duda por algun autor (1). En este último documento, del cual solo se han conservado fragmentos, Clodoveo II confirma una donacion de Dagoberto I á favor de la basílica de San Dionisio, á saber: la posesion de Crouy (*Cotiracum*) en el país de Chablis, en Borgoña. Este documento está dirigido al duque Vandalberto, al conde Eberulfo y en general á todos los funcionarios del citado país; va firmado por el rey y la reina Nantequilda, su madre, y data aproximadamente del año 640. Otro de los citados documentos está fechado en Saint-Ouen-sur-Seine (*Clippiacum*) en 22 de junio de 653, está dirigido al obispo Landérico, de Paris, y confirma la carta de proteccion y el privilegio concedidos al monasterio de San Dionisio, y segun el cual los obispos de Paris, ni por sí ni por sus ordinarios, podian disponer de los bienes inmuebles y muebles pertenecientes á dicho monasterio, incluyéndose en esta prohibicion los vasos sagrados, cruces, oro, plata, cubiertas de altar, escrituras sagradas y todo objeto precioso, en la inteligencia de que habian de continuar en el dicho monasterio sin interrupcion los coros permanentes de canto de salmos, instituidos por Dagoberto, al estilo del monasterio de San Mauricio, en el Valais. Este instrumento declara que las disposiciones citadas tienen la aprobacion de los obispos, de los otros hombres ilustres y de los próceres del rey, y está escrito por el canceller (*referendarius*) Beroaldo. El tercer documento es, aproximadamente, del año 656, y en él da el mismo rey su aprobacion á una donacion hecha por un individuo, cuyo nombre es ilegible, de muchas haciendas á favor de una señora noble, llamada Amanquilda. Las propiedades donadas se hallaban en diferentes distritos, y algunas han podido ser identificadas.

Muerto Clodoveo II, gobernó los tres reinos su viuda Baltilde, á título de regente, en nombre de su hijo mayor, pero naturalmente de menor edad, Clotario III, que reinó desde el año 656 hasta 670. La regencia de Baltilde fué perfectamente reconocida, conforme lo demuestran varios documentos auténticos de aquella época. Además del niño Clotario tenia otros dos hijos mas jóvenes todavia, llamados Childerico y Teodorico.

De Clotario III y de su madre la reina viuda existen muchos documentos falsos y otros de autenticidad dudosa. En uno de los auténticos, que data aproximadamente de los años 656, 657 ó 658, el rey y su madre, pues todos los documentos llevan la firma de ambos, confirman, á solicitud del monje Frodoberito, una donacion hecha por Clodoveo II de

(1) Germon: *De veteribus Regum Francorum Diplomatiis et arte scernendi antiqua diplomata vera á falsis disputatio*, II, 164.

diez *bomiarias* (medida agraria usada entonces) de terreno en la isla de «Germano,» en el país de Troyes, á favor de un establecimiento monástico, que fué despues el monasterio de Moutier-la-Celle, fundado por el citado monje Frodoberito.

En otro documento del 23 de diciembre del año 660 hace saber el rey á todos los funcionarios del reino que exime á los administradores y monjes del monasterio de Corbie, fundado por su madre, de todo impuesto, gabelas y prestaciones de costumbre, como derechos de aduana, pontazgos y portazgos.

En un documento del 1.º de febrero de 662 autoriza una permuta entre el obispo de Nyons y el abad del monasterio sitiense; y finalmente, en otro hace donacion de la gran propiedad de Corbei y de seis otras propiedades al monasterio fundado en Corbei por él y su madre Baltilde, con todas sus tierras, casas, viñas, bosques, prados, pastos, molinos, siervos y demás accesorios. El abad de este monasterio se llamaba Teodefrido y recibió para su monasterio, además de lo dicho, jurisdiccion propia é inmunidad de toda intervencion de jueces reales y otros.

En aquel tiempo la regente Baltilde, con anuencia de los obispos y del pueblo franco, resolvió retirarse al convento de Chelles, fundado por ella en la hacienda real de este nombre, tan pronto como su hijo, el rey Clotario III, hubiese llegado á mayor edad. Asi lo dice la biografía de Santa Bertila, primera abadesa del convento de Chelles, que murió en el año 702. Esta santa, segun su biografía, escrita por un autor anónimo casi coetáneo, era oriunda del país de Soissons, de linaje noble y catecúmena de San Audoino que la hizo entrar en el convento de Jouarre, cerca de Meaux, al cual hizo donacion de muchas tierras y oro, y cuya abadesa Teotequilda la recomendó á la reina para directora del convento de Chelles.

A San Filiberto donó la reina Baltilde un extenso bosque y pastos en Jumiege al Mediodía de Ruan para construir allí un monasterio del cual el santo fué el primer abad y donde murió en 684. A San Legoberto dió para su convento la gran hacienda de Narroy en el país de Wavre, además de grandes cantidades de oro y plata y hasta su cinturón real que se quitó para añadirlo á lo demás. Al monasterio de Luxeuil y á todos los de Borgoña regaló haciendas en grandísimo número con todas sus pertenencias é innumerables sumas de dinero, como igualmente á los conventos de Fara, de Santa Burgundofara, de San Vaudrille, á los conventos y basílicas de Paris y hasta á las basílicas de San Pedro y San Pablo y repetidas veces á los pobres de Roma. Tambien recomendó con el auxilio de los notables del reino á los obispos y abades que dieran reglas de órden monástica al personal de las basílicas de San Dionisio, San Medardo, San German, San Pedro, San Aniano y San Martin, á cuyo fin les concedió privilegios é inmunidades.

Estas inmunidades de derechos y prerogativas reales, como jurisdiccion, exencion de impuestos, etc., cuyo origen databa ya del imperio romano, fueron el cáncer roedor del poder soberano cuyos privilegios y prerogativas iban reduciendo á un campo de accion cada vez mas limitado.

No olvidó la reina Baltilde su triste condicion cuando fué arrancada de su país y vendida en Francia por esclava; prohibió vender prisioneros cristianos por esclavos ó siervos, y además de esta órden compró muchos de estos infelices prisioneros vendidos y les devolvió la libertad.

Siendo regente y dirigiendo desde su palacio real el Estado, visitaba á menudo un convento de monjas, donde hacia los trabajos mas humildes en la cocina, limpiando lo mas sucio y asqueroso, sin exceptuar los depósitos inmundos.

Tambien trabajó con ahinco para acabar con la simonía,

antiguo cáncer de la Iglesia franca, y con otro vicio peor que se habia arraigado de una manera espantosa en aquel imperio, á saber: el de dejar perecer á los recién nacidos descuidándolos, ó acaso matarles directamente para no criarlos y para librarse la familia de la pesadísima carga de los impuestos, como hacian en el siglo v los curiales en el imperio romano. A esta pesada carga contribuyeron cabalmente en gran manera las innumerables exenciones, inmunidades de toda clase y excesivas donaciones hechas por los reyes francos á las iglesias, obispos, abades y aunque en menor escala á los nobles, todo lo cual obligaba al gobierno, es decir á los mayordomos, á recargar los impuestos que pesaban sobre la gran masa del pueblo que nada poseia y que les acusaba por tanto de codicia insaciable.

A la muerte de Erquinoaldo los francos, despues de algunas vacilaciones, nombraron mayordomo de los tres reinos á Ebroino, que los administró desde el año 656 hasta 660. Se ve que ya no es el rey, sino la nobleza quien nombra al mayordomo, bien que á esto podia haber contribuido el hecho anormal de hallarse la regencia en manos de una mujer. Esta decadencia rápida del poder real, las siempre crecientes pretensiones del clero, lo ambicion impaciente y ruda de los grandes, y el poder casi omnímodo de los mayordomos, debian dar necesariamente ocasion á grandes conflictos entre el clero y la nobleza por una parte y el mayordomo por otra, si este queria cumplir con su deber de conservar incólume el poder real y acaso volverlo á la altura que habia ocupado en otra época. Un mayordomo de esta clase debe haber sido Ebroino si se examinan friamente los escritos de la época que de él tratan, los cuales, como obras de eclesiásticos, le llenan de invectivas. Es indudable que Ebroino, que finalmente sucumbió ante sus muchos y poderosos adversarios, era enérgico hasta la brutalidad y crueldad cuando se trataba de tener á raya á la nobleza que le odiaba, y que movida por codicia y ambicion insaciables minaba el poder real y no retrocedia ante ningun medio, valiéndose de la astucia y de la fuerza para quitar el mayor estorbo que tenian delante, es decir el mayordomo. Este para proteger el poder real contra sus obsecados enemigos, tuvo que defenderse á sí mismo á fin de conservar el puesto influyente que ocupaba. En esta lucha no es de extrañar que Ebroino empleara tambien medios vituperables y llevara á veces su rigor hasta la crueldad vengativa.

Mientras la reina conservó en sus manos el poder, la lucha fué sorda, porque, como dice su biógrafo, era sierva humilde de los obispos y madre bondadosa de los condes ó magnates, y quizás, en realidad, de carácter débil. Los obispos mas poderosos eran entonces Crodoberito de Paris, Andoino de Ruan y Leodegario, elevado por la regente á la silla episcopal de Autun. Este último era enemigo encarnizado de Ebroino y no paró hasta lanzarle de su puesto. Antes, sin embargo, de continuar la narracion de esta lucha, citaremos los documentos mas importantes que se conservan de la época y del reinado del rey Clotario III. En un documento del mes de noviembre del año 658, confirma Clotario el fallo del conde palatino (1) á favor del monasterio de San Dionisio «nuestro patron particular,» etc., contra Ingoberga, viuda, que reclamaba la hacienda de Thorigné en el distrito de Le Mans y otras que su difunto esposo Ermelino le habia dejado, hacienda á la cual alegaba tambien derecho el monasterio. La viuda presentaba como documento justificativo de su pretension un pacto escrito referente al asunto; pero la otra parte actora presentaba en contra una «carta precaria» de la mujer y una declaracion de Cariberto hermano del difun-

(1) Que venia á ser el presidente del tribunal supremo ó de cámara.

to. En vista de ella, el rey con sus próceres falló á favor del monasterio. En otro documento del mismo año ordena el rey al obispo Berario de Le Mans, que tomó posesion de este obispado en 658, entregar á la iglesia de San Dionisio la herencia del mismo Ermelino y de su hijo Goddo, á saber: las haciendas de Sargé (*Tauriacum*), Etampes, Flavigny, Bourgon, Estival, Chemiere, Boutri, Moncé y muchas otras en los distritos de Le Mans, Angers, Rennes y *Muffa*, que no ha podido ser identificado hasta hoy. Por este ejemplo podemos formar idea de los bienes inmuebles de un magnate franco en aquella época, y de la riqueza de la Iglesia que heredaba de golpe tan gran número de posesiones y sus dependencias que con el tiempo se fueron trasformando en aldeas, villas y ciudades. Este documento describe cómo el rey con el conde palatino Cadaloaldo, los senescales y cancelleres está en la sala de justicia de su palacio oyendo á los litigantes en materia de pleitos y fallando en justicia. Estos fallos civiles van siempre firmados por un canceller con la palabra *recognovit*, y los documentos falsos que de aquellos tiempos existen son tambien fallos de esta clase, es decir, civiles. En el último pleito citado se apoya el obispo Berario en una carta de donacion hecha por el difunto á favor del padre del obispo, pero contra esta prueba presenta la comunidad actora un documento de Clodoveo II en el cual este rey declara nula y sin valor aquella donacion. El pleito se resuelve con una composicion por la cual se queda Berario con una tercera parte de la herencia y el monasterio recibe las otras dos terceras partes; pero entonces se presenta un tal Madroaldo que dice haber comprado de Berario y vendido ya á otras personas dos terceras partes de esta herencia: se ofrece el monasterio á indemnizar á estos compradores y recupera así las dos terceras partes vendidas. Se comprende que la Iglesia para hacer esta oferta debia de disponer de fondos abundantes, y que los empleaba gustosa para adquirir tierras con sus edificios y habitantes, siervos de la gleba y otros. En otro documento del mismo año confirma el rey de nuevo su fallo.

En el año siguiente el rey decide una contienda entre la iglesia de Ruan y el mismo monasterio de San Dionisio sobre una hacienda concedida en otro tiempo al mayordomo Erquinoaldo y en poder de su hijo Leudesio cuando se suscitó la cuestion. Esta quedó zanjada dando á cada parte la mitad de la hacienda que se disputaban. Tambien en este fallo se citan las personas que compusieron el tribunal real, á saber: Waratto, probablemente el mismo que mas adelante fué nombrado mayordomo, y Baseno; los condes Amalberto y Madelando, los senescales y el conde palatino Waning.

En 24 de octubre de 663 falló el rey en su palacio de Maslay, asistido por los obispos, magnates y funcionarios de la corte, el pleito entre el monasterio y basílica de San Benigno de Dijon y muchos particulares que se habian establecido como dueños en la hacienda de Larrey, que formaba parte de la diócesis de Langres, y habia sido regalada con todas sus dependencias por el rey Gontran á la citada basílica. Los usurpadores, que se habian establecido en la hacienda, talando bosques, plantando viñas, aprovechando prados, cultivando los campos y pasando sus arados hasta por las rastrojeras y barbechos de los cultivadores anteriores, se apoyaban en un documento en que el mismo rey posteriormente á su carta de donacion les confirmaba en la posesion hereditaria de los terrenos usurpados. Los próceres preguntaron á estos labradores si tenian algun otro documento de aquel rey ó de sus sucesores que les confirmase en la posesion de sus tierras; y como contestaran negativamente, declaró el tribunal que el documento en que se apoyaban no anulaba el derecho de la Iglesia. Sobre esta cuestion ya ha-